

yores extremos de afliccion por mí, no podia menos de lamentar la pérdida de su yegua Abaige, que era de pura sangre árabe, y valia diez mil piastras. Por lo demas, lo mismo que á Ibrahim, el dolor le ponía fuera de sí; ambos temian, no solo perderme, pues me querian de veras, sino tambien ver malograrse todas sus operaciones, de resultas de mi muerte. Procuré tranquilizarlos, diciéndoles que no creía morir de aquella hecha, pero nada me anunciaba que estaria en situacion de viajar en mucho tiempo, aun dando que no sucumbiese.

Tuvo el Drayhy que despedirse de nosotros para continuar su emigracion hácia el oriente, adonde iba á pasar el invierno. Jeque Ibrahim se desesperaba viéndome empeorar por dias; en fin, sabiendo que habia un cirujano mas habil que el mio en El Dair Attié, le hizo llamar, pero se negó á venir, exigiendo que se llevase el enfermo á su casa: por consiguiente me hicieron una especie de litera lo mejor que se pudo, y me llevaron allá á riesgo de verme espirar en el camino. Aquel nuevo cirujano mudó enteramente los vendages de mis heridas, y las lavó con vino caliente; tres meses pasé en su casa, sufriendo un verdadero martirio, y echando de menos mil veces la muerte de que habia escapado; luego me trasportaron á la aldea de Nabek, donde es-

tuve en cama otros cinco meses. Solo al cabo de este tiempo empezó realmente mi convalescencia, y aun todavía tuve algunas recaídas; cuando veía un caballo, por ejemplo, perdía el color, y caía desmayado; este estado de irritacion nerviosa duró cerca de un mes. En fin, poco á poco logré vencerme en este punto, pero debo confesar que siempre me ha quedado un estremecimiento desagradable á la vista de ese animal, y que tengo hecho juramento de nunca montar á caballo sin una absoluta necesidad.

Mi enfermedad le costó cerca de quinientos talaris á jeque Ibrahim, pero ¿cómo evaluar sus desvelos y paternales atenciones? seguramente le debo la vida.

Durante mi convalescencia supimos que nuestro amigo, el bajá de Damasco, habia sido reemplazado por otro, Soliman Selim, noticia que nos apesadumbro mucho haciéndonos temer perder nuestro crédito con los Turcos.

Diez meses habian trascurrido, nos hallábamos en primavera y aguardábamos con impaciencia la llegada de nuestros amigos los Beduinos, cuando vino un correo á anunciarnos que se acercaban. Dimos prisa á enviarle al Drayhy, que le dió muy buenas albricias por la nueva de mi restablecimiento, que tambien causó grande alegría en toda la tribu donde me creían muerto

hacia mucho tiempo. Todavía aguardamos algunos días á que se acercase mas la tribu, y en ellos llegó á mi noticia una anécdota singular, y que me parece digna de referirse como estudio de costumbres.

Un tratante de la Anatolia, escoltado por cincuenta hombres, llevaba diez mil carneros para venderlos en Damasco. En el camino trabó conocimiento con tres Beduinos, y se hizo muy amigo de uno de ellos; en el momento de separarse, este le propuso que entablase fraternidad con él. No veía el tratante de que le serviría tener un hermano entre unos pobres Beduinos, á él que se veía dueño de diez mil cabezas de ganado y escoltado por cincuenta hombres, pero como insistiese el Beduino, llamado Chatti, consintió por desembarazarse desu importunidad, en darle dos piastras y un puñado de tabaco en prendas de fraternidad. Chatti repartió las dos piastras entre sus amigos, diciéndoles:

— « Sed testigos de que este hombre es ya mi hermano. » Luego se separaron, y el tratante no volvió á acordarse de semejante fraternidad. Llegado que hubo á un sitio llamado Ain El Alak, una partida de Beduinos, superior en número, atacó á su escolta, la derrotó, se apoderó de sus reses y le despojó enteramente, no dejándole mas que la camisa, con lo que llegó á Damasco

en la mayor miseria, renegando de los Beduinos y de su supuesto hermano Chatti, á quien acusaba de haberle vendido.

Difundióse entretanto por el desierto la nueva de aquella rica presa, y llegó á oídos de Chatti, quien despues de buscar á sus dos testigos, se presentó con ellos á Sultan el Brrak, caudillo de la tribu El Amour, le declaró que era hermano del tratante robado, y le intimó que le hiciese justicia, á fin de que pudiese cumplir los deberes de la fraternidad. Sultan, recibida la deposicion de los dos testigos, tuvo que acompañar á Chatti á la tienda del caudillo de la tribu El Nahimen, que se habia apoderado de las reses, y que reclamárselas con arreglo á sus leyes. No tuvo el jeque mas arbitrio que devolvérselas, y Chatti, despues de haberse cerciorado de que no faltaba ninguna, se puso en camino para Damasco con los pastores y los rebaños.

Dejólos fuera de la ciudad, y entró en ella á buscar á su hermano, á quien halló sentado delante de un café del bazar. Fuése derecho á él, pero este se volvió indignado, y no le costó á Chatti poco trabajo hacerse escuchar y sobre todo persuadirle de que sus carneros le aguardaban fuera de las puertas, pues temia una nueva asechanza y no queria seguir al Beduino. En fin, convencido en vista de sus rebaños, se

echó en los brazos de Chaffi, y despues de haberle manifestado toda su gratitud, procuró en vano hacerle aceptar una recompensa proporcionada á tamaño servicio; el Beduino nunca quiso recibir mas que un par de botas y un *cafié* (pañuelo), que valia á lo mas un talari, y, despues de haber *comido* con su amigo, se volvió á su tribu.

Nuestra primera entrevista con el Drayhy fué verdaderamente patética; él mismo vino, con los principales de su tribu, á buscarnos á la aldea de Nabek, y nos llevó, por decirlo así, en triunfo al campamento: en el camino nos contó las guerras que habia sostenido en el territorio de Samarcanda, y la dicha que habia tenido de vencer á cuatro de las principales tribus<sup>1</sup> y de reducir las luego á firmar el tratado. Era muy importante haber separado á tiempo aquellas tribus de la alianza de los Wahabi, de quienes eran tributarias, porque corrian voces de que nuestros enemigos preparaban un formidable ejército y esperaban señorearse de toda la Siria. Poco despues supimos que aquel ejército estaba en mar-

<sup>1</sup> La tribu El Krassa, caudillo Zahauran Ebn Houad; la tribu El Mahlac, caudillo Nabac Ebn Habeb; la tribu El Meraikrat, caudillo Roudan Ebn Abed; en fin, la tribu El Zeker, caudillo Mallac Ebn Fayhan.

cha, y que por todas partes iba sembrando terror y estragos.

Envió orden el bajá de Damasco á los gobernadores de Homs y de Hama para que estuviesen sobre las armas dia y noche y preparasen sus tropas al combate. Los habitantes corrian hácia la costa, huyendo de los sanguinarios Wahabi, cuyo nombre solo bastaba á hacerles abandonar sus hogares.

Recibió el Drayhy una invitacion del bajá para pasar á Damasco á conferenciar con él, pero temiendo alguna traicion, se escusó so pretesto de no poder dejar su puesto en aquel crítico instante, y le pidió algunas tropas como auxiliares, esperando poder con ellas hacer cara al enemigo. Mientras llegaba aquel refuerzo, hizo el Drayhy anunciar solemnemente la guerra, segun la costumbre de los Beduinos en las grandes ocasiones, y hé aquí cómo: eligióse una camella blanca, que tiznaron enteramente con ollin y aceite; pusieronle un ronzal de cerda negra, é hicieron que montase en ella una doncella vestida de negro, con la cara y las manos igualmente tiznadas. Diez hombres la condujeron de tribu en tribu, y al llegar á cada una de ellas gritaba tres veces:

— « ¡ Refuerzo ! ¡ Refuerzo ! ¡ Refuerzo ! ¿ Quien de vosotros blanqueará esta camella ? Un pe-

« dazo de la tienda del Drayhy amenaza ruina ;  
 « ¡acudid, acudid, grandes y generosos defen-  
 « sores! El Wahabi va á llegar, y os robará  
 « vuestros aliados y vuestros hermanos ; voso-  
 « tros todos los que me ois, dirigid vuestras  
 « oraciones á los profetas Mahoma y Alí, el pri-  
 « mero y el último. »

Esto diciendo, distribuía puñados de cerda negra, y cartas del Drayhy que indicaban el punto de reunion en las orillas del Oronte. En poco tiempo se reforzó nuestro campamento con treinta tribus reunidas en una misma llanura ; las cuerdas de las tiendas se rozaban unas con otras.

Envió el bajá de Damasco á Hama 6,000 hombres al mando de su sobrino Ibrahim-Bajá, para esperar allí otras tropas que debian aprontar los bajás de Acre y Alepo. Acababan apenas de reunirse, cuando se supo la llegada de los Wahabi á Palmira, por los habitantes que acudian á refugiarse en Hama ; Ibrahim-Bajá escribió al Drayhy, que pasó á verle, y concertaron juntos su plan de defensa. El Drayhy, que me habia llevado consigo como consejero, me comunicó sus convenios, y yo le hice observar que el que reunia á los Beduinos y á los Turcos en un solo campamento era muy peligroso, por no tener estos últimos, en el momento de la pelea, ningun me-

dio de distinguir á sus amigos de sus enemigos. Con efecto, todos los Beduinos, igualmente vestidos, no se reconocen entre sí, en los encuentros, mas que por sus gritos de guerra ; cada tribu repite continuamente el suyo : Khraíl el Allia Doualli, Khraíl el Biouda Hassny, Khraíl el Hamra Daffiry, etc. Khraíl significa ginete ; Allia, Biouda, Hamra, indican el color de alguna yegua favorita ; Doualli, Hassny, Daffiry, son los nombres de la tribu ; es como si se dijese : *Ginete de la yegua tordade Daffir*, etc. Otros invocan á su hermana ó á alguna otra hermosura ; así el grito de guerra del Drayhy es Ana Akhron Rabda : yo el hermano de Rabda ; el de Mehan-na, yo el hermano de Tiodda ; uno y otro tienen hermanas célebres por su belleza. Los Beduinos dan suma importancia á su grito de guerra y tratarian de cobarde al que no se atreviese á pronunciar el suyo en el momento del peligro. Conoció el Drayhy la fuerza de mis razones, é hizo consentir, aunque con dificultad, á Ibrahim-Bajá en una division de sus fuerzas.

Al dia siguiente volvimos al campamento, seguidos del ejército musulmán, compuesto de Dalatis, de Albaneses, de Mogrebinos, de Houaras y de Arabes, en número total de quince mil hombres, provistos de cañones, morteros y bombas, y levantaron sus tiendas á media hora de las

nuestras; la arrogancia de su porte, la variedad y riqueza de sus trages, sus banderas, formaban un cuadro magnífico, pero á pesar de su bizarra apariencia, los Beduinos se burlaban de ellos, y decian que serian los primeros en huir.

En la tarde del segundo dia, vimos, por la parte del desierto, una gran polvareda que se extendia como una densa niebla hasta cuanto alcanzaba la vista; poco á poco se disipó aquella nube, y vimos aparecer el ejército enemigo.

En aquella ocasion llevaban consigo sus mugeres, sus hijos y sus rebaños. Establecieron su campamento á una hora del nuestro, y se componia de cincuenta tribus, que formaban un total de 75,000 tiendas: al rededor de cada una estaban atados numerosos camellos y carneros, que unidos á los caballos y á los guerreros, formaban una muchedumbre formidable, tanto que atemorizado Ibrahim-Bajá envió á toda prisa á llamar al Drayhy, quien despues de haberle dado algun ánimo, volvi6 al campamento á mandar hacer las trincheras necesarias. A este fin reunieron todos los camellos, los amarraron unos á otros por las rodillas y los dispusieron en dos hileras delante de las tiendas; para completar aquel baluarte, se abrió un foso detras de ellos. Lo mismo hizo por su parte el enemigo, y en seguida mandó el Drayhy preparar el Hatfé. — Hé

aquí en qué consiste esta singular ceremonia. Se elige la mas hermosa entre las doncellas de los Beduinos, y se la coloca en un handag ricamente engalanado, puesto encima de una gran camella blanca. La eleccion de la doncella que debe ocupar este puesto honroso, pero arriesgado, es muy importante, porque casi siempre depende de ella el éxito de la batalla; — colocada enfrente del enemigo, rodeada de la flor de los guerreros, debe escitarlos á la lid; la accion principal pasa siempre al rededor de ella, y la defienden prodigios de valor. Todo se perderia si el Hatfé cayera en poder del enemigo; así es que para evitar esta desgracia, debe siempre rodearle la mitad del ejército; los guerreros se suceden en aquel punto, donde es mas reñido el combate, y todos van á beber el entusiasmo en sus miradas. Una doncella, llamada Arkié, que reunia en alto grado el valor, la elocuencia y la hermosura, fué elegida para el Hatfé; tambien el enemigo preparó el suyo, y poco despues empezó la batalla. Los Wahabi se dividieron en dos cuerpos; el primero y mas considerable, mandado por Ad-dalla el Hedai, su general en gefe, estaba delante de nosotros; el segundo, al mando de Abó Nocta, hacia frente á los Turcos. El caracter de estos y su modo de pelear son diametralmente opuestos á los de los Beduinos: el Beduino, pru-

dente y muy sereno, empieza con suma cachaza; luego va animándose poco á poco, y pronto se enfurece y es irresistible. El Turco, por el contrario, orgulloso y arrogante, arremete con ímpetu al enemigo y cree que no tiene que hacer mas que presentarse para vencer, con lo que toda la fuerza se le va en la primera embestida.

El bajá Ibrahim, viendo á los Wahabi atacar friamente, se creyó bastante fuerte para dispersar él solo su ejército entero: pero antes del anochecer, aprendió á sus espensas á respetar á su adversario, pues tuvo que replegar sus tropas y dejarnos todo el peso de la acción.

La noche puso fin al combate, pero por ambas partes hubo gran mortandad.

El día siguiente recibimos un refuerzo con la llegada de la tribu El Hadidi, compuesta de cuatro mil hombres, todos montados en borricos y armados con fusiles. Hecha la cuenta de nuestras fuerzas, resultó que ascendían á 80,000 hombres, y como los Wahabi tenían 150,000, el combate del día siguiente les fué favorable, y la fama de nuestra derrota, exagerada como sucede siempre en semejante caso, se extendió por Hama y aterrorizó á sus habitantes. Al otro día ya se les pasó el susto, y por espacio de veinte días pusieron á prueba nuestra constancia continuas alternativas de buena y mala fortuna. Cada día eran mas ter-

ribles los combates; el décimo quinto tuvimos que luchar con un enemigo mas temible que los Wahabi, — el hambre. La ciudad de Hama, la única que podia suministrar víveres á ambos ejércitos, se agotaba ú ocultaba sus recursos; los Turcos huían; nuestros aliados se dispersaban para no morir de hambre: los camellos que formaban el baluarte del campamento, se devoraban unos á otros. En medio de aquellas espantosas calamidades, no flaqueó un momento el valor de Arkié; nuestros mas denodados guerreros se dejaban matar á su lado, y ella no cesaba de animarlos, de escitarlos y de aplaudir sus esfuerzos: alentaba á los viejos alabando su valor y esperiencia, y á los mozos prometiéndoles casarse con el que le presentase la cabeza de Abdalla el Hedál. Como yo estaba siempre junto á su handag veía á todos los guerreros presentarse á ella para obtener algun estímulo, y abalanzarse en séguida á la pelea, entusiasmados por su elocuencia. Confieso que preferia oír sus cumplimientos á recibirlos, porque casi siempre eran los precursores de la muerte. Un día ví á un gallardo mancebo, uno de nuestros mas valerosos ginetes, presentarse delante del handag: — « ¡Oh Arkié! exclamó, ¡oh la mas hermosa entre las hermosas, déjame ver tu rostro pues voy á pelear por tí! » — Arkié le respondió:

« Aquí me tienes, ¡oh el mas valiente entre los « valientes! Ya sabes que mi precio es la cabeza « de Abdalla. » — El joven blande su lanza, aguija á su caballo y se precipita en medio de los enemigos: antes de dos horas, ya habia sucumbido, cubierto de heridas.

— « ¡Dios os conserve! dije á Arkié, el valiente ha perecido.

— « No es él el solo que no ha vuelto, » respondió la doncella tristemente.

En aquel momento se presentó un guerrero armado de pies á cabeza; hasta sus botas estaban guarnecidas de acero, y su caballo cubierto de una cota de malla (los Wahabi tenían veinte de estos guerreros entre los suyos; nosotros no teníamos mas que doce.) Adelantóse hácia nuestro campamento, llamando al Drayhy á singular batalla, uso antiquísimo entre los Beduinos; el que de esta suerte es desafiado no puede sin deshonor rehusar el combate. El Drayhy, al oír su nombre, se disponia á responder á aquella provocación, pero sus parientes se reunieron á nosotros para contenerle: su vida era demasiado importante para esponerla con tanta ligereza, y su muerte hubiera acarreado la ruina total de nuestra causa, y la destruccion de los dos ejércitos aliados. Siendo inutil la persuasion, tuvimos que emplear la fuerza; atámosle con cuerdas de

pies y manos á unas estacas clavadas en el suelo, en medio de su tienda; los gefes mas influyentes le sujetaban y le exhortaban á calmarse, haciéndole presente la imprudencia de esponer al ejército por responder á la insolente bravata de un brutal Wahabi. Este entretanto no cesaba de gritar:

— « ¡Venga, venga el Drayhy! Ya ha llegado « su último dia; yo voy á terminar su carrera. »

El Drayhy, que le oía, cada vez mas furioso, echaba espumarajos de cólera y bramaba como un leon; los ojos, encendidos como dos ascuas, se le saltaban de la cara, y se revolvia entre sus cuerdas con terrible fuerza. Aquel tumulto atraía un numeroso gentío al rededor de su tienda, cuando de pronto un Beduino, abriéndose paso, se pone delante del Drayhy; una camisa sujeta con un cinturon de cuero, y un *casté* en la cabeza formaban su única vestimenta. Montado en un caballo alazan, y sin mas armas que una lanza, iba á solicitar licencia para pelear con el Wahabi en lugar del jeque, recitando los versos siguientes:

« Hoy, yo, Tehaïsson, me he apoderado del caballo Hadidi, que deseaba hacia mucho tiempo, deseoso de recibir *en su lomo* las alabanzas debidas á mi valor. Voy á atacar y á vencer al

Wahabi por os hermosos ojos de mi amada, y para ser digno de la hija de aquel que siempre ha vencido al enemigo. »

Dice y se lanza á la pelea contra el guerrero enemigo : nadie creia que pudiese resistir media hora á su terrible adversario á quien su armadura hacia invulnerable, pero si no le descargó golpes muy homicidas, supo con maravillosa destreza evitar los suyos durante las dos horas que duró la lid. Todos estaban suspensos y llenos del mas vivo interés lo mismo en uno que en otro bando ; al cabo nuestro campeon vuelve la rienda y parece que huye ; — toda esperanza está perdida ; el enemigo va á proclamar su triunfo ; — el Wahabi le persigue, y con firme mano le arroja su lanza, pero Tehaisson, preveyendo el golpe, se agacha hasta el arzon de su silla, y el arma pasa silbando por encima de su cabeza ; entonces volviéndose de improviso, clava su acero en la garganta de su enemigo, aprovechándose del instante en que este, obligado á parar de pronto su caballo delante del de su contrario, levanta la cabeza. Como este movimiento dejó un hueco entre el casco y la coraza, debajo de la barba, la lanza le atravesó de parte á parte, y le mató en el acto, pero sostenido en la silla por su armadura, el caballo se llevó el cadaver en medio de los suyos, y Tehaisson volvió triun-

fante á la tienda del Drayhy, donde fué recibido con entusiasmo. Todos los gefes le abrazaron colmándole de elogios y de regalos, y Jeque Ibrahim no fué uno de los últimos en manifestarle su gratitud.

Continuaban entre tanto la guerra y el hambre ; dos dias estuvimos en la tienda del Drayhy sin probar bocado. Al tercero recibió tres canastos de arroz que le enviaba de regalo Mola Ismael, caudillo de los Dallatis. En vez de economizarle como un último recurso, mandó cocerle todo y convidó á cenar á todos los que estaban presentes. Su hijo Sahed no quiso sentarse á la mesa, pero, instado por su padre, pidió que le diesen su racion y se la llevó á su yegua, diciendo que preferia sufrir él á verla carecer de alimento.

Treinta y siete dias hacia que habia empezado la guerra ; el trigésimo octavo fué terrible el combate. Tomó y saqueó el enemigo el campamento de los Osmanlis, y á duras penas pudo el bajá volver á Hama, perseguido por los Wahabi, que pusieron sitio á esta ciudad.

La derrota de los Turcos nos era tanto mas funesta cuanto dejaba al segundo cuerpo de ejército del enemigo, mandado por el famoso negro Abó Nocta, en libertad de unirse á Abdalla para atacarnos á la par. Al dia siguiente empezó una



terrible lid; tan mezclados estaban los Beduinos que no se distinguian unos de otros. Atacábanse con el sable cuerpo á cuerpo; todo el llano estaba cubierto de sangre; jamas acaso hubo semejante batalla; ocho dias duró sin cesar. Los vecinos de Hama, persuadidos de que todos estábamos esterminados, ya no nos enviaban aquellas raras provisiones que de tan estremados apuros nos habian sacado algunas veces. Enfin, el Drayhy, viendo el mal en su colmo, reunió á los gefes y les dijo:

— « Amigos míos, es preciso hacer un último esfuerzo: mañana es forzoso vencer ó morir: — mañana, si Dios lo permite, destruiré el campamento enemigo; mañana nos hartaremos de sus despojos. »

Una sonrisa de incredulidad acogió su arenga; sin embargo algunos mas animosos respondieron:

« — Proseguid; os obedeceremos. »

« — Esta noche, continuó, es preciso que hagais pasar cautelosamente al otro lado del Oronte vuestras tiendas, vuestras mugeres y vuestros hijos: es menester que todo haya desaparecido antes de salir el sol sin que lo advierta el enemigo. En seguida, libres de todo cuidado, caeremos sobre él con el arrojado de la desesperacion y le esterminaremos ó perecere-

« mos todos. Dios nos protegerá y venceremos. »

Todo se ejecutó como él habia dicho, con un orden, una presteza y un silencio increíbles: al dia siguiente no quedaban mas que los guerreros. El Drayhy los dividió en cuatro cuerpos, mandando atacar el campamento enemigo por cuatro puntos á la vez; todos se arrojaron sobre su presa como leones hambrientos. Aquel choque, impetuoso y simultáneo, tuvo todo el éxito que podia esperarse de él; la confusion y el desorden penetraron entre los Wahabi, que echaron á huir, abandonando sus mugeres, sus hijos, sus tiendas y sus bagages. El Drayhy, sin dar tiempo á los suyos para apoderarse del botin, los obligó á perseguir á los fugitivos hasta Palmira, y no los dejó descansar hasta despues de la total dispersion del enemigo.

Apenas se declaró la victoria por nosotros, partí con Jeque Ibrahim para anunciar á la poblacion de Hama esta feliz nueva; pero nadie quiso creerla, y poco faltó para que nos tratasen como á fugitivos. Estaba el pueblo en la mayor agitacion; unos corrian á las alturas, desde donde no veian mas que nubes de polvo; otros preparaban sus machos para huir hácia la costa, pero pronto, confirmándose la derrota de los Wahabi, el mas estravagante alborozo sucedió á aquella gran consternacion. Enviaron un

Tártaro á Damasco que volvió trayendo cuarenta cargas de trigo, veinticinco mil piastras, un sable y una pelliza de honor para el Drayhy, que hizo su entrada triunfal en Hama, escoltado por todos los gefes de las tribus aliadas: el gobernador, los agás, el bajá y toda su corte le recibieron de un modo espléndido.

Despues de cuatro dias de regocijos, salimos de Hama para reunirnos con nuestras tribus y conducir las al levante al acercarse el invierno. El Drayhy partió con doce de ellas; las otras, reunidas en grupos de cinco á seis, se dispersaron en el desierto de Damasco. — Nuestra primera residencia fué en Tall el Dehab, en el territorio de Alepo, donde hallamos cuatro tribus que no habian tomado parte en la guerra: los gefes salieron al encuentro del Drayhy, penetrados de respeto por sus recientes proezas, y solicitando el favor de ser admitidos á firmar nuestro tratado de alianza<sup>1</sup>. De allí marchamos sin detenernos para reunirnos con nuestro amigo el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas manifestaciones de júbilo. Atravesamos el Eu-

<sup>1</sup> Farés Ebn Aggib, jefe de la tribu El Bechakez, 500 tiendas; Cassan Ebn Unkban, jefe de la tribu El Chiamssi, 4,000 tiendas; Selamé Ebn Nahssan, jefe de la tribu El Fuabez, 600 tiendas; Mehanna El Saneh, jefe de la tribu El Salba, 800 tiendas.

frates con él y con otras muchas tribus que entraban como nosotros en Mesopotamia, é iban, unas del lado de Hamad, otras del desierto de Bassora.

Recibimos en el camino una carta de Farés el Harba, anunciándonos que seis de las grandes tribus que habian peleado contra nosotros con los Wahabi, se habian acampado en la Hebassia, cerca de Machadali, que estaban dispuestas á aliarse con nosotros, y que si el Drayhy queria enviarme á su lado con plenos poderes para tratar, se creia seguro del logro. No perdí un momento en acudir á su llamamiento, y al cabo de seis dias de camino, llegué á su tienda sin accidente. Farés el Harba, haciendo al punto levantar su campamento, me condujo á una jornada de aquellas tribus<sup>1</sup>: entonces escribí en su nombre al emir Douackhry, caudillo de la tribu El Fedhan, instándole á hacer alianza con el Drayhy y prometiéndole el olvido de lo pasado. Douackhry pasó en persona á ver á Farés el Harba, y pronto estuvimos de acuerdo; pero nos dijo que no podia responder mas que de su tribu, mirando como muy difícil convencer á las otras

<sup>1</sup> La tribu El Redhan, 5,000 tiendas; la de El Sabha, 4,000; la de El Rekaka, 4,500; la de El Messahid, 5,500; la de El Salca, 5,000; enfin, la de Benni Dehabb, 5,000.

cinco; propúsome sin embargo que le acompañase á su campamento, ofreciéndome reunir á los caudillos y usar de todo su influjo sobre ellos. Acepté y partí con él; llegado que hubimos en medio de lo que debía ser un campamento, vi con sentimiento innumerables hordas de Beduinos tendidos al sol, pues como habian perdido sus tiendas y sus bagages en la batalla, no tenían mas cama que el suelo ni mas manta que el cielo: algunos andrajos, colgados de unas estacas, daban un poco de sombra á aquellos infelices, que se habian despojado de su única vestimenta para proporcionarse aquel triste abrigo contra el ardor del sol, y que yacian desnudos sobre la arena, espuestos á las picaduras de los mosquitos y á las espinosas puntas de la planta que pastan los camellos: muchos ni aun tenían un miserable trapo que los guareciese del calor del dia y del fresco de la noche, cuyo contraste es mortal en aquella estacion, en que ya empezaba á dejarse sentir el invierno.

Jamas tuve idea de una miseria tan completa. Aquel triste espectáculo me oprimió el corazón y me arrancó lágrimas.

Al dia siguiente Douackhry reunió los jefes y los ancianos, en número de quinientos. Solo en medio de ellos, desesperaba yo de hacerme escuchar y sobre todo de reunirlos en un mismo

parecer. Aquellos hombres, de caracter y costumbres independientes, exasperados por la desgracia, presentaban todos pareceres diferentes, y si ninguno esperaba hacer prevalecer el suyo, á lo menos tenia empeño en sostenerle obstinadamente, dejando á cada cual en libertad de hacer otro tanto. Unos querian ir al pais de Nedgde, otros retirarse á Samarcanda; estos vociferaban imprecaciones contra Abdalla, caudillo del ejército de los Wahabi; aquellos achacaban al Drayhy todos sus desastres. En medio de aquella division, me armé de valor y traté de refutar á unos y á otros. Empecé por alabar su confianza en los Wahabi, diciéndoles que Abdalla se habia vuelto necesariamente su enemigo desde que le abandonaron el dia del último combate y que procuraria vengarse de ellos: que yendo al Negdge, se precipitaban voluntariamente bajo el dominio de Ebn Sihoud, que los abrumaria con contribuciones, y trataria de hacerles soportar todo el peso de una guerra desastrosa; que habiendo una vez desertado su causa y libres ya de sus garras, no debian ser como el pájaro que, habiendo escapado de la escopeta del cazador, va á caer en la red del pajarero. Ocurrióseme en fin la fábula del haz, creyendo que esta sencilla demostracion produciria efecto sobre aquellas almas candidas, y me determiné á explicársela. Habiéndolos ex-

ortado á reunirse para resistir á toda opresion, cogí de manos de los jeques unos treinta djerids, y presenté uno al emir Farés, diciéndole que le rompiera, lo que hizo sin dificultad: presentéle sucesivamente dos, y luego tres, que rompió igualmente porque era hombre de mucha fuerza muscular: luego le presenté todo el haz, que no pudo romper ni doblar. — « Machalla, le dije, no tienes fuerza, » y pasé el haz á otro, que no fué mas feliz: entonces se alzó en la asamblea un murmullo general.

— « ¿Quién podría romper tamaño haz? » esclamaban todos.

— « Os cojo la palabra, » respondí, y en el lenguaje mas enérgico les hice la esplicacion del apólogo, añadiendo que me habia afligido tanto verlos sin hogar y desnudos, que me obligaba á solicitar del Drayhy la restitucion de sus bagages y de sus tiendas; y que conocia bastante su magnanimidad para responder del logro de mi peticion, si entraban francamente en la alianza cuyas ventajas acababa de probarles. Y todos á una voz esclamaron: — « Venciste, Abdalla; « tuyos somos en vida y en muerte, » y todos vinieron á abrazarme; luego se convino en que darian cita al Drayhy en la llanura de Halla para poner su sello en el tratado.

Al dia siguiente atravesé de nuevo el Eufrates

y á los cinco me reuní con mi tribu. Mis amigos estaban cuidadosos de mi larga ausencia, y la relacion de mi feliz negociacion los colmó de alegría. Tantos veces he contado las reuniones, las comidas y los regocijos de toda especie usados entre los Beduinos, que no describiré de nuevo lo que pasó con ocasion de formarse el tratado de paz. El emir Douackhry enterró las siete piedras, y consumó así su alianza. Despues de la comida, hubo una ceremonia que aun no habia yo visto, la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal: luego el Drayhy declaró que estaba pronto á cumplir el empeño que yo habia tomado en su nombre, devolviendo el botin cogido á las siete tribus que acababan de reunirse á él, pero no bastaba tener esta generosa voluntad; era preciso ademas hallar el medio de ejecutarla. En el saqueo del campamento de los Wahabi y de sus aliados, los despojos de cincuenta tribus estaban confundidos, y no era cosa facil reconocer la propiedad de cada uno. Decidióse que las mugeres solas podian lograrlo, y seria imposible formarse una idea del afan de los cinco dias que se emplearon en hacerles reconocer los ganados, las tiendas y los bagages de las diversas tribus. Cada camello y cada carnero tiene en una pata dos cifras hechas con un hierro incandescente, la de la tribu y la del dueño; pe-

ro por poco que se parezcan las cifras, ó esten medio borradas, como siempre sucede, la dificultad es inmensa; así fué que estuve tentado de arrepentirme de mi rapto de compasion y de mi imprudente promesa.

En aquella época, pasó una gran caravana que iba de Bagdad á Alepo y fué despojada por los Fedans y los Sabhas: llevaba un rico cargamento de añil, café, especias, alfombras de Persia, telas de cachemira y otros objetos preciosos, que avaluamos en diez millones de piastras. Apenas corrió la voz de aquella presa, llegaron varios mercaderes, algunos de muy lejos, para trocar ó comprar aquellas riquezas de los Beduinos, que las vendian ó mas bien las daban casi por nada; así, por ejemplo, cambiaban una medida de especias por una de dátiles; una pieza de cachemira por un *machlah* negro; una caja de añil por un vestido de lienzo; piezas enteras de pañuelos de la India por un par de botas. Un mercader de Moussoul compró por una camisa, un *machlah* y un par de botas, mercancías de valor de mas de quince mil piastras; y una sortija de diamantes se dió por un *rotab* de tabaco. En aquella ocasion pude hacerme rico, pero el señor Lascaris me prohibió comprar cosa alguna ó recibir regalos, y obedecí escrupulosamente.

Diariamente nos llegaban del pais de Nedgde

tribus que abandonaban á los Wahabi para reunirse á nosotros, — unas atraidas por la gran reputacion del Drayhy, otras de resultas de sus desavenencias con el rey Ebn Sihoud: una circunstancia de este género nos trajo de una vez cinco tribus. El emir de la tribu de Beni Tay tenia una hija hermosísima llamada Camare (Luna). Fehrab, hijo del caudillo de una tribu vecina y pariente del Wahabi, se enamoró de ella y fué correspondido; habiéndolo notado el padre de la doncella, prohibióle hablar al príncipe, y se negó á recibirle y aun á escuchar sus proposiciones de matrimonio, por estar destinada Camare á su primo Famer. Es costumbre entre los Beduinos, — costumbre que recuerda las que nos ha trasmitido la Biblia, — que el pariente mas cercano sea preferido cuando hay que casar á una doncella; pero Camare, sin curarse de esta costumbre de su pais, ni dejarse intimidar por las amenazas de su padre, se negó rotundamente á casarse con su primo, y aumentando su amor en razon de los obstáculos que se le oponian, aprovechó todas las ocasiones de corresponder con su amante. Este, perdida toda esperanza de obtenerla de sus padres, resolvió robarla, é hizo que se lo propusiese una vieja á quien habia logrado sobornar; obenido su consentimiento, introdujose en la tribu Beny Tay,